

GRAFÍAS LATINAS Y GRAFÍAS ROMANCES: A PROPOSITO
DE LOS MATERIALES «ORTOGRAFICOS» EN EL ÚLTIMO TOMO
DE LA EDICIÓN CRÍTICA DE LA VULGATA

The study of orthographic variants as exemplified by the Benedictines of St. Jerome in vol. XIII of their critical edition of the Vulgate is of particular interest to Hispanists for the phonetic traits suggested by MSS written *hispane* and *hispanissime*, and of general interest because it challenges the connotation of certain graphs considered by editors of early Romance texts as learned and opens up the problem of the interpretation of Latin abbreviations in vernacular context.

Desde hace años los historiadores de la Biblia latina han venido reconociendo unas características gráficas o una *scripta* peculiar de la tradición hispana¹. Tales características fueron esgrimidas por D. Teófilo Ayuso entre las pruebas del origen peninsular de códices bíblicos que se conservan fuera de España, con menos suerte en el código llamado *ottoboniano*² y con más en el de Cava dei Tirreni, escrito poco después del año 850 y tan importante para la historia de la Vulgata³, y de cuya descripción no sé que hayan hecho uso los estudiosos de otras disciplinas.

¹ Cf. especialmente la lista sintética y documentada que incluye C. Upson Clark en su fundamental estudio de los códices visigodos, *Collectanea Hispanica (Transactions of the Connecticut Academy of Arts and Sciences, n. 24, París 1920, pp. 100-104, con antecedentes en la Hispania Sagrada de E. Flórez, en L. Traube y F. Vollmer. Para el aspecto gráfico en los códices bíblicos hispanos, cf. D. Quentin O. S. B., Mémoire sur l'établissement du texte de la Vulgate. Collectanea Biblica Latina, 6, Roma-París 1922, p. 310 ss.*

² Es el código Vat. Ottob. lat. 66, que Ayuso describe, algo someramente a mi modesto entender, en *Miscellanea biblica B. Ubach* (Montserrat, 1953), pp. 115-129 (a la grafía dedica las pp. 125-128, con una ejemplificación poco feliz de formas vernáculas). En sus *Prolegómenos a La Vetus Latina Hispana* (Madrid: C. S. I. C., 1953), el código aparece, en cambio, como de origen «probablemente» español, p. 349.

³ *La Biblia visigótica de la Cava dei Tirreni. Contribución al estudio de la vulgata en España* (Madrid 1956); para la grafía cf. las pp. 32-46. Sobre esta biblia y las otras pandectas hispanas cf. el autorizado parecer de B. Fischer O. S. B., «Bibelausgaben des frühen Mittelalters» en *La Bibbia nell'Alto Medioevo* (Spoleto 1963), pp. 561-575.

Recordaré que en el registro de peculiaridades «ortográficas», redactado algo empíricamente por orden alfabético de «letras» (al uso de los paleógrafos), D. Teófilo señala, como de pasada, un ejemplo significativo de «h por f»; *hactum* por *factum* (p. 41); amén de muchos más, interesantes por otros aspectos, como *sfungia* por *spongia* (p. 37) y «f por u»: *profecte* por *prouectae*, *profinciae* (ibid.).

Nos es grato señalar que los benedictinos de la Abadía romana de S. Jerónimo, en el último tomo de su monumental edición de la Vulgata, han reanudado la saludable tradición de incluir al final un «índice ortográfico» (pp. 239-273)¹. Además, entresacan en páginas aparte los fenómenos de este tipo que les parecen más dignos de nota en Δ^M , códice de S. Millán de h. 900, conservado en la Academia de la Historia con el n. 20, que, si bien parece escrito todo por el mismo escriba, denota características distintas en sus tres partes, ejecutada la primera *hispane*, y la segunda *hispanissime*; por lo cual, la comparación entre las tres y con los representantes destacados de la tradición peninsular, el ya mencionado códice cavense, el complutense I. X, hoy en la Universidad Central (31), y el toledano Σ^T , de la Biblioteca Nacional (Vitr. 13-1), ambos del siglo X (pp. 278-285), puede ser muy instructiva, y más en cuanto Δ^M por su contenido se aparta de estos códices (cf. p. LIV).

El concepto de «ortografía» en la tradición editorial de la Biblia latina se toma en un sentido muy amplio, y algo vago para los requisitos de la lingüística actual; susceptible, pues, de precisiones y enmiendas, pero valedero en la práctica, en cuanto ha permitido dominar un ámbito vastísimo, y aliviar los aparatos críticos de una carga que hubiera cansado la atención del lector.

Entre los aspectos dignos de nota para el editor de textos romances, advertiré el relieve que se vuelve a dar aquí a la *h* superflua, que ya

¹ *Biblia Sacra iuxta latinam vulgatam versionem ad codicum fidem... cura et studio Monachorum Abbatiae Sancti Hieronymi in Urbe Ordinis Sancti Benedicti edita; Liber Isaiae* [vol. XIII], Roma 1969. El «Índice» está dividido en nombres propios y comunes y acompañado de cuatro páginas y gráficos analíticos (inclusive de fenómenos morfológicos), donde el lingüista podrá escoger «entre flor y flores». De los tres tomos anteriores que contenían índices, IV, V, VI, el más importante es el primero. Para una presentación muy puntual del mismo y de los riquísimos materiales recogidos por los benedictinos de S. Jerónimo, con un análisis de aspectos concretos, particularmente del uso de la *y* y del comportamiento fonético de los prefijos, cf. J. Gribomont O. S. B., «Conscience philologique chez les scribes du haut moyen age» en *La Bibbia nell'Alto Medioevo*, ed. cit., pp. 601-630. (Estando nuestra nota en la imprenta apareció el vol. XIV, fruto de la extraordinaria alacridad benedictina).

T. Ayuso y otros consideraban como una de las características de la tradición hispana, exacerbada en el código cavense, y que en el código de S. Millán aparece en ej. tan heterogéneos como *hangustia*, *Hariel*, *hommis*. Más interesante aún me parece el hecho de que para este uso de un signo innecesario se puedan indicar circunstancias mecánicas específicas: según los editores de la *Biblia Sacra* aparece siempre ante *o* y *u* en el cavense; en el emilianense sólo ante *oc-*, *om-*, *on-*, *os-*, pero no ante *ob-*, *ol-*, *op-* y no siempre ante *or-* y *u-* (p. 280). No se da ninguna «norma» para la *h* ante *a*, *e* o *i*, ni tampoco para el fenómeno opuesto de omisión, pero *pro domo* observaré que en la lista de «*h* omissa» se hallan lexemas como *abere*, *abitator* y *abitare*, *erba*, *ereditas*, *eri*, *olocaustum*, que coinciden con las grafías de las formas correspondientes romances en textos prealfonsinos del siglo XIII y en particular de un código que he estado estudiando con cuidado, el escurialense I-1-6 (E6): *auer* Prov. 5: 16, *abitar* Jn. 1: 14, *eredar* Prov. 1: 5 (y *eredamiento* 17: 2, *eredero* 1: 19), *eyr* Ecli. 38: 23, *olocausto* Ecli. 3: 6 (aún así en Sab. 3: 6 en el MS esc. I-1-4, mucho más latinizante), *yerba* Cant. 4: 5, *olocausto* Sab. 3: 6, Is. 1: 11 y *passini*; frente a *hostia* Ef. 5: 2, *hospedado* IPe. 4: 9, *homicidio* Luc. 23: 19 ~ *omicidio* 19, *ora* Ecli. 32: 15, 39: ~ 39: 39 ~ *hora* Ecli. 12: 14, v. q. *orologio* Jer. 38: 8.

De los digramas *ph*, *th* y *ch*, que los benedictinos ilustran bajo la rúbrica «*h* post labialem, dentalem et palatalem [+ et velarem]» llama la atención el primero por la frecuencia con que queda reemplazado por *fh*: al lado de un solo ej. de *ph*: *Nephtalim*, hallamos catorce entre nombres propios y comunes con *fh-* o *-fh-*, y uno con *-psh-*; *sapshirus*. Ha de advertirse, sin embargo, que tal grafía es exclusiva del código emilianense. Interesa sólo incidentalmente dentro de la serie de digramas que señalaremos más abajo.

En cuanto al uso de la *y* por *i*, que también es causa de no pocas dificultades para los editores de los textos romances, el lector podrá ver ejemplos de su descabellada fluctuación en los MSS latinos medievales a lo largo de todo el «índice ortográfico» mencionado, ya que no se trata de una grafía típicamente «hispana» o de Δ^m en ninguna de sus tres partes. De MSS españoles de la Biblia latina entresacaré *ayt* por *ait*, (*h*)*yricius* y hasta *yericius* por *ericius* (que nos hacen pensar en los numerosísimos ejemplos que encontramos en los escritos romances de *y* por *i* en el diptongo: *ayre*, *rayzes*, y a principio de palabra: *ymagen*, *ysla*, en particular cuando la palabra es derivada: «eguales eran e ygualmientre sonavan» *General estoria* 15 a 41): y a la inversa *orix* Is. 51: 20, que aparece así también en nuestro MS E6 a pesar de su aspecto exótico

(efectivamente *orix* en la *Biblia Sacra* está documentado sólo en las ediciones).

El continuo vaivén entre el latín y formas arromanzadas o viceversa es un buen precedente para aquilatar lo que se ha venido denominando «cultismos gráficos» tanto en las dobles como en el uso de los signos sin su valor fonético normal. Así *flamma* de la *General Estoria* Vat. Urb. lat. 539, Ecli. 51: 6 puede tener un antecedente, de signo opuesto, en *flama* del código legionense Δ^L o Biblia de S. Isidoro (una sola vez entre diez), o en la ditografía que Upson Clark observaba, p. ej., en *adsummere* de códigos visigodos (op. cit., p. 101), mientras que un *dextruere* de nuestro emilianense y un *extimo* de otros códigos hispanos (v. q. *sinixtra*, Upson Clark, p. 104), parece indicio de un esfuerzo, común también a otros ámbitos geográficos, por mantener un signo que efectivamente se dará en nuestra prosa del siglo XIII (piénsese, p. ej., en *sexto* E2. 46: 14 y *passim*, siempre escrito con *x* en E6 [cuando no se emplea *seseno*], frente a *sesto*, que predomina en la copia posterior, o sea en el MS esc. I-1-2 (E2; cf. Mat. 20: 5, 27: 45), que se caracteriza en lo demás por grafías más «cultas».

La intromisión de un *aduersus* junto al normal *auersus* (de *auertere*, en un caso entre cinco en Δ^M), nos hace sopesar, desde el polo de la hiporrección también el etimológico *aduersario* E6 Sab. 18: 8, frente al normal *auersario* Ecli. 23: 3 y *passim*; *annuntio*, que aparece casi la mitad de las veces en uno de los legionenses Δ^L , y luego más a menudo en las biblias parisienses del siglo XIII (MSS Ω), plantea, además, el problema de la posible asimilación de la consonante del prefijo, cuando en nuestro MS romance nos encontramos con un *annuncio* ICor. 11: 26, ¿con consonante geminada a imitación del latín o representando un sonido palatal? (en Sab. 18; 15 se lee *anuncio*). Por otra parte, *calumpnia*, *condempnare* y otros vocablos con el grupo *mpn* (cf. el «índice ortográfico») quedan reflejados no sólo en los correspondientes del texto romance (p. ej. en *condempnar* Sab. 4: 16), sino en el nombre propio *Sompna* ibid. Is. 36: 3, sin antecedente en las formas registradas por los benedictinos y muestra, tal vez, de la extensión de una tendencia que ya en las mencionadas biblias Ω se había agudizado.

Los registros, tan pacientemente recopilados por los benedictinos, tienen gran interés también por lo que las variantes latinas pueden reflejar de la fonética vernácula: *gesse* por *iesse* (en una proporción de 2: 2) en tres códigos hispanos, *progeci*, *progeclus*, muy frecuentes en otros (cf. el «Índice») nos recuerdan formas como *geitar* registradas por R. Menéndez Pidal (*Orig.* 3. 3) y acaso sirvan para explicar indirectamente en parte un error como el de *rehenes* por *regiones* IMac. 8: 8 en

nuestro MS. También pueden emparejarse las formas *agurero* E6 Is. 2: 6 y *lambrusca* ibíd. 5: 2, 4 con las correspondientes latinas en códices hispanos y de otras procedencias. *Detraere*, que los benedictinos ponen bajo la rúbrica de la «omisión de la h», podría verse a la luz de la tolerancia hacia el hiato que muestra nuestro texto romance en el código más antiguo, E6 (cf. Mat. 26: 46 y *passim*), mientras que el más reciente, E2, introduce la -h-: *trahe* ibíd. Por otra parte *destrahere*, que en el examen de Δ^M aparece bajo la rúbrica de la «épéntesis de la s ante t» podría pasarse a la morfología como caso de difusión del pref. *des-*, que en el texto romance le ganará terreno a *de-*; cf., p. ej., *desponer* E6 Ef. 4, 22 por lat. *deponere*.

Las grafías finales de palabra o sílaba «b por p» y «d por t» (o del caso contrario, menos frecuente, ilustradas en Δ^M , a la par que la de sorda + h que puede entresacarse del «Índice», nos recuerdan lo que escribía Menéndez Pidal acerca de la indiferencia de la lengua de los siglos x y xi hacia el modo de articulación, o sea, hacia la sonoridad o sordez (*Orig.* II), y nos hacen prever alternancias como *princeb* Luc. 19: 2 o *princep* Mat. 26: 51 (y casi siempre), o *cabdelladores* IMac. 3: 55 ~ *capdiello* Prov. 8: 16 (y siempre en E6), en que el uso tanto más frecuente del signo de la sorda podría reflejar un ensordecimiento efectivo, pero más probablemente representa una preocupación conservadora. Véanse en Δ^M *Iacop* y *Rapsaches* como evidentes ultracorrecciones contrarrestrando la tendencia a relajar las sordas en voces que efectivamente las contenían.

Scribtus por *scriptus*, que aparece en varios códices peninsulares, junto a *interrubtio*, *rabtiam* (v. q. *babtismus*, *sebtember* registrados por Upson Clark, op. cit., p. 100, y aquél por T. Ayuso en casi todas sus descripciones de códices hispanos) nos convence aun más que la grafía *escripto*, constante en nuestro MS, y generalizada en la Edad Media y más allá, no es fonética y debe su difusión en parte a la abreviatura latina, que los copistas trasladaban de bulto (compárese con *cabtiuus* de varios códices hispanos) *catiuo* Ez. 1: 1 y *passim*, que es como este sustantivo y sus derivados aparecen siempre en nuestro romanceamiento: v. g. *babtismo* y *babtista*, aunque excepcionales, en el N. T.)

Otra característica de la grafía hispana (con transcendencia fonética) que se deduce tanto de las páginas dedicadas al emilianense como del «Índice ortográfico», es la confusión total entre *u* y *b* en todas las posiciones, no sólo al principio de sílaba, donde tal confusión era más universal¹, sino en posición intervocálica; cf. *abaritya*, *abis*, *brebis*, *ciuus*:

¹ Cf. entre otros el amplio ensayo de E. G. Parodi en *Romania* 27, 1898, pp. 176-240.

y con intrusión de la *f* en el cavense, además de los ejemplos ya citados arriba: *deforo* por *deuoro*, y a la inversa, *deuendite* por *defendite*.

En esto E6 se distingue por lo contrario, y con él los MSS alfonsinos que he examinado; o sea, por la relativa estabilidad gráfica de *b* y *u* [v] entre vocales, limitándose la vacilación de estos signos a la posición inicial de palabra y final de sílaba interior, y de *u* y *f* a la de final de sílaba; cf. en esta posición: *biuda* Prov. 15: 20 ~ *bifda* Is. 1: 17, *beudez* Ecli. 31; 31, 40 ~ *befdez* Prov. 20: 11. 31: 4¹.

R. Menéndez Pidal, A. Castro, M. Alvar y otros han analizado el latín de documentos y glosarios, espulgando rasgos románicos. En el latín de la Biblia, mucho más sujeto a la conservación y escrúpulo de corrección, no se pueden esperar acercamientos tan llamativos a las formas vernáculas como algunos de los que revelan los escritos profanos, pero bien merece un estudio más detenido, por los especialistas tanto del latín medieval, para que realicen estudios de este tipo sobre biblias más allegadas a nosotros en el tiempo, como de filología románica, para que sopesen los hechos².

Por lo demás, creo que aunque no sea legítimo dar demasiado peso a ciertas coincidencias entre tal o cual MS a distancia de siglos³, y no se pueden generalizar datos mecánicos recogidos en textos específicos (así, dentro del forcejeo ortográfico secular en el uso de la *h*-⁴, no podremos conferir demasiada trascendencia a lo que se vio arriba acerca de

¹ Al final tenemos también un caso de *u + f*: *auf* (Prov. 6: 5) que nos recuerda otras acumulaciones de letras en la grafía latina medieval e hispana, como *hc*, *xs*; cf. Upson Clark, op. cit., pp. 103 y 104.

² La interpretación va más allá de la grafía y fonética y atañe a los contenidos, particularmente en la Biblia y comentarios bíblicos ilustrados (recuerdo, p. ej., el ángel del Beato de Valcavado [fol. 148r], que llama la atención de los estudiosos de historia del arte porque está de pie, mientras que el rótulo reza: «Angelus sedet super nubem albam»), y, por supuesto, en los mismos comentarios, tan ricos en alusiones a *realia* de la vida contemporánea (p. ej., a las técnicas de tejer ad Jn. 19: 23-24; cf. Aubineau en *La Bible et les Pères*, París, 1969, p. 47).

³ *Grosso modo* podríamos afirmar, p. ej., que por la grafía *ierico* Ecli. 24: 48 y *passim*, E6 se aparta de los textos alfonsinos, donde aparece *ihérico*, de acuerdo con la tradición hispana representada por los códices oscense, todelano, complutense 2.º, cavense y otros; cf. T. Ayuso, *La Biblia de Huesca*, Zaragoza 1946, p. 11. Para una filiación más inmediata podríamos entresacar del Índice las siguientes coincidencias entre los MSS parisienses, o en particular Ω^b y E6 en cuanto a Is.: *effraym*, *gabaa* 10: 29 y *gabaon* 28: 21, *liddia*, *oronaym*, *rapsaz* (en cuanto al tema), *sabba*, *seraphin*; pero difieren *adramelech*, *calanne*, *gallim*, *talasar*, siendo la anarquía mayor en esto que en los nombres comunes.

⁴ Cf., p. ej., M. Bassols de Climent, *Fonética latina* (Madrid, C. S. I. C., 1967), § p. 245.

su distribución en Δ^N), ha de estudiarse y darse su justo peso a la convención fosilizada, cualesquiera que sean los móviles que la determinan. De otro modo, el esfuerzo de construir un complicado sistema grafe-mático¹ se hará inútil, y hasta contraproducente por sugerir unas líneas de desarrollo histórico no sostenidas por los hechos².

En los códices del siglo XIII la convención, producto fosilizado de la diacronía, se amalgama no sólo con la connotación, hecho sincrónico, sino con el arbitrio del copista, creando un conjunto abigarrado al que difícilmente puede aplicarse la oposición culto (o seudoculto) / popular, que en el período humanista contrapondrá, p. ej., *homicidio*, «connotado por el escrúpulo latinizante», al «más vulgar» *omicidio*. Dicha oposición, aplicada en una época que también en su léxico muestra un alto grado de autonomía frente al latín, atribuye a la conciencia de los redactores y copistas lo que puede no ser más que una hipótesis de los estudiosos actuales, y no resuelve nada a la hora de aquilatar y transcribir términos tan doctos, y al mismo tiempo tan reacios hacia la *h-*, como el citado *olocausto*. Asimismo *kalendas* Is. 1, 14 podrá parecer una «opción» por la forma «culto» sólo si no se tiene en cuenta que *calendas* en la *Biblia Sacra* empieza a estar documentado sólo con las ediciones impresas de la Vulgata, y que la misma consonante, hoy exótica, se da en *haro* Hech. 15: 28 (*karus* Vg., ibíd. y *karitas* se consideran asimismo característicos de la *scripta* hispana; cf. Upson Clark, p. 103). En tales casos una transcripción servil dará cuenta de la aceptación (que creemos pasiva) de la convención más que de un rasgo connotativo.

Y lo mismo diremos de la *s* líquida en palabras como *spina* Prov. 15: 19; 24: 31, que, vistas al trasluz de las Biblias latinas hispanas

¹ Cf. entre otros E. Pulgram, «Phoneme and Grapheme: a Parallel» *Word* 7, 1951, pp. 15-20, R. A. Hall Jr., «A Theory of Graphemics», *Acta Linguistica. Revue Internationale de linguistique structurale* 8, 1960, y una aplicación en J. C. McLaughlin, *A Graphemic-Phonemic Study of a Middle-English Manuscript*, La Haya, 1963.

² Entresaco unos párrafos de L. Rosiello, «Grafemática, fonemática e crítica testuale», *Lingua e stile* 1, 1966, pp. 63-77: «y ha de considerarse connotativo en sentido latinizante: su referencia puede corresponder realmente (*tyranno, cypresso*), pero puede dar también lugar a hipercultismos (*styrpe, ymagine*)... *h* ha de considerarse denotativo en su función morfografemática (*ho, hai* etc.), connotativo cuando reproduce la grafía latina (*humano, honore* etc.), dando lugar a hipercultismos (*haudendo, hedificij*)» p. 76, donde, aparte la clasificación tajante del valor diacrítico de la *h-* (la cuestión es en realidad mucho más compleja), se introduce en sentido genético («da lugar») y como *deus ex machina*, la connotación.

en el uso u omisión de la *e*-protética, se desviste de ese carácter culto que se le ha atribuido.

Los paleógrafos, por su parte, podrían darnos útiles indicaciones acerca de la influencia de la progresiva diferenciación de las letras en la grafía libresca y del uso más abundante de abreviaturas en los códices. Al aflojarse el bloque monolítico de la escritura gótica del siglo XIII (piénsese, p. ej., en las dificultades de distinguir palabras como *unna* y *uinna*) se alargan las astas por encima (y luego por debajo) de la caja del renglón, se alarga la *i*, se escribe *v* por *u* a principio de palabra en el interior de la oración, y aumenta el uso de la *y* sobre todo al principio y final de palabra.

Tales cambios mecánicos van parejos con una especie de liberalización del arte de escribir y con cierta tendencia al pleonasma que comporta el uso cada vez más frecuente de la *h* superflua, que también marca, cuando es inicial, el contorno de las palabras. Incluso a la *sc* por *c* (aparte mayor adhesión a modelos latinos), puede atribuirse un papel en el proceso diferenciador y amplificador, y más en cuanto se acompaña con el uso de la cedilla superflua en la *c* ante vocal anterior.

En cuanto a las abreviaturas, heredadas casi todas del latín, ya sugerimos que pueden haber contribuido a ocultar la naturaleza fonética de ciertas palabras como *escripto*, que aún en la *Gaya sciencia* de P. Guillén de Segovia (s. xv) rima con *bendito*, *remito*, *poquilo*, etc.¹ Recordaremos también que la afirmación de *hermano* o *heredero* a fines del siglo XIII y principios del XIV, frente a *ermano* y *eredero* que predominan en nuestro MS, va pareja con el uso más frecuente del signo abreviativo de *er*: éste no hubiera podido emplearse en el principio absoluto de la palabra; por lo cual la *h* pudo introducirse no sólo por prurito latinizante sino para servir de apoyo a la abreviatura².

Tampoco han de tomarse los compendios *sancto* y *spiritu* como manifestación de una vuelta al latín, en cuanto están sacados tal cual de los textos latinos desde un principio, y conviven en los escritos vernáculos del siglo XIII con *santo* y *espíritu*, escritos en todas sus letras. El aparecer, esporádico, y luego con frecuencia alternante, de *sancto* y *espíritu* puede ser una prueba de que la forma sugerida por la abreviatura latina influyó a su vez en la fonética.

¹ Cf. la ed. moderna de M. Casas Homs, Madrid, C. S. I. C., 1962, pp. 185 D17.

² En cambio, en los documentos cancillerescos y privados, donde la abreviatura abunda mucho más, leemos *heredero* desde mucho antes; cf. R. Menéndez Pidal, *Documentos lingüísticos de España*, Madrid 1919, n. 154, II [Burgos 1200] y *passim*. Claro está que ésta es simplemente una hipótesis que someto a los paleógrafos.

Suele permitirse una libertad interpretativa mayor en la transcripción de los escritos latinos medievales por estar redactados en una lengua artificial, mientras que en la transcripción de textos romances se aboga por la «fidelidad». En ella desemboca la filología española por dos derroteros; el de la inercia, según el principio unamuniano de «cuántos trabajos para evitar trabajo!», y el del estructuralismo, cuando éste, en aras de la autonomía del sistema gráfico, tras elaborar oposiciones inspiradas en los principios de la fonología, vuelve a admitir casi todos los rasgos no denotativos bajo el pretexto de la connotación.

En ningún ámbito es más literalmente verdadero el dicho de que la letra mata y el espíritu vivifica. Más fiel será el que transcriba «santo, santo, santo» E6 Is. 6: 3, que el que se moleste, y moleste al lector con un «*sancto*, santo santo», o el que, contra la realidad de los hechos, escriba «santo, santo, santo» (sin advertir que *sco* es un compendio latino, adoptado directamente, como la lineta abreviativa por *er*, que en *tierra*, sin embargo, desarrollamos con diptongo).

Desgraciadamente no todos los casos son tan evidentes como éstos¹. Pero de la colaboración de paleógrafos, filólogos y lingüistas podemos esperar luces para que los textos de antaño se transcriban *religiose*, *non superstitiose*. En lo cual el estudio de la Biblia latina y los abundantes materiales recopilados por los benedictinos de S. Jerónimo en Roma, podrán ser de gran utilidad.

MARGHERITA MORREALE

¹ O acaso debería decir palpable en cuanto la resolución *sco santo* la podemos tocar con la mano en un códice mucho más tardío (probablemente de fines del s. XIV) el 10232 de la B. N. de Madrid, donde se copian algunas partes extrabíblicas de nuestro MS; allí leemos *santa* fol. 170r a y b en correspondencia con *sancta* de E6 (fol. 286rb-286va) y a la inversa la abreviatura *scripto* fol. 170va, en correspondencia con *escripto* de E6, fol. 294rb; y el compendio *spiritu* fol. 169ra, donde el MS más antiguo ponía *espirito*, fol. 207rb, aunque *espirito* se dé con mucha frecuencia en el resto del códice madrileño; ambos escriben en todas sus letras «santo, santo, santo» en los fols. respectivos 169va y 207va. Pero contra la «evidencia» obra la interpretación de Menéndez Pidal, que en los citados *Documentos* transcribe *terra*; cf. n. 152, 24 (Burgos 1188), n. 157, 12, 13 y *passim* [*ibid.* 1206], a pesar de que *tierra* aparezca en todas sus letras en el n. 159, 4 [*ibid.*, 1209], equivaliendo al parecer el signo abreviativo al que aparece en *terrero*, n. 157 ya citado, 13. En cuanto a *sancto*, cuya *c* ya hubiese debido desaparecer en latín a no ser por la presión del pres. *sanctio*, escribe S. Mariner que «la escuela reaccionó... insistiendo en la pronunciación de la velar..., logrando tal exageración en este sentido que pudo conseguirse someter a la palabra... al proceso de palatalización típico del español en el grupo *-ct-*, lo cual originó la forma 'Sancho' de nombre propio», *Enciclopedia lingüística hispánica* vol. I, Madrid, C. S. I. C., 1960, p. 170, n. 49. Tan autorizado aserto está documentado por el mismo autor en *Archivo de Filología Aragonesa* 12-13, 1961-1962, pp. 253-260.